

HOY ACLAMADO, MAÑANA LLEVADO AL MARTIRIO

Arrojo y corazón de Jesucristo que sube a Jerusalén, la ciudad de la paz, ensalzada por los cantautores de la época con cánticos que muestran la alegría de los que encaminan sus pies hacia la ciudad santa, lugar del templo, espacio privilegiado para el encuentro con el Dios único y verdadero.

La procesión triunfal se organiza en las inmediaciones del Monte de los Olivos. El sol ciega los ojos de los que participan en tan inquieta comitiva. Es primavera. Hasta el lugar suben los olores del torrente Cedrón, en ocasiones rambla y vertedero de basura. Jesús, recogido sobre sus propios pensamientos mira en lontananza a la ciudad y mesa su mejilla para secar las suaves lágrimas que recorren su rostro que jugando con la luz solar apuntan minúsculos arcos iris que evocan aquella señal de paz de antaño cuando las aguas cubrieron la tierra y la preñaron para siempre de muerte y vida. A su alrededor un pequeño grupo que ultima los detalles entre nervios expectantes y miedo a las reacciones que intuyen va a provocar la entrada de Jesucristo en Jerusalén recordando las maneras y formas anunciadas por los profetas de Israel.

La comitiva se pone en marcha. La tensión es evidente. Alguien informa a Jesús que son numerosos los que le esperan en Jerusalén porque se ha corrido la voz entre los peregrinos que han acudido para celebrar la Pascua o de los panes ázimos. A causa de estas aglomeraciones, el prefecto romano de Palestina, con residencia en Cesarea, acudía a Jerusalén cada año con tropas de refuerzo para mantener el orden público. No eran extrañas las revueltas políticas aprovechando estas concentraciones.

La bajada al torrente eleva la meseta calcárea que se encuentra a más de mil metros sobre el nivel del Mar Muerto donde desembocan las exiguas aguas de los wadis que abrazan la ciudad engrandecida por

Salomón. El templo, meta de la peregrinación, estaba situado en el punto más septentrional y por ende más alto del terreno.

A la mente de Jesucristo acuden las enseñanzas que desde pequeño oyó en casa y en la sinagoga sobre las esperanzas mesiánicas de Israel que contaban hechos tan prodigiosos como que una fuente que brotaba del templo fecundaría todo el país (Jl 4,18; Ez 47,2-12) y existiría tanta armonía que ya no serán necesarios ni el sol ni la luna porque Yavé será su única luz (Is 60,19s) y morará allí (Is 4,5) de tal modo que ya no será necesaria el arca (Jer 3,16). Él sabe que hoy se cumple la promesa pero su divinidad no merma su desazón y temor ante los acontecimientos que se avecinan.

Por lo demás, una vez encaminados hacia el monte Sión, para que cumplieran las Escrituras Jesús montó montado en un asno, cumpliendo una profecía de Zacarías, que citan los evangelistas al tiempo que conocían los testigos oculares del hecho. Aparte los detalles, lo cierto es que al cumplir Jesús esta profecía, se declaró implícitamente rey y el pueblo le reconoció como tal dándole la bienvenida con el grito de hosanna, que equivale a nuestro ¡viva! y aclamándole como *"hijo de David"* o rey diciendo; *"¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!"* (Mt 21,9). Este gesto de Jesús al comenzar la pascua fue, sin duda, entendido por muchos como provocador. Más lo fue el segundo hecho simbólico, al derribar Jesús en el Templo *"las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas"* (Mt 21,12) y afirmar que el templo sería destruido. Este último gesto se tendría muy en cuenta en el juicio a la hora de dictar los autos de la condena. Por lo demás, la gente en masa aclama y vitorea.

La fragilidad de nuestros ideales cuando las convicciones no son profundas hacen que una suave brisa nos aleje de nuestras certezas. Los que hoy aclaman a Jesús como Mesías y Salvador, mañana serán los que aclamen a Barrabás como nuevo líder del pueblo y le lleven al martirio.

Manuel Pozo Oller,
Párroco